

la influencia ejercida por los escritos de los filósofos griegos y latinos en sus respectivas épocas. Destruyeron el culto de la patria propalando el sistema de dudas y el ateísmo, y llevaron a cabo las dos mas violentas revoluciones que han dejado estampadas sus huellas en la historia. Igual causa, esto es, la alteracion de los principios religiosos puede tambien asignarse en parte al derrocamiento del coloso romano. Consumaron esa alteracion por medio de las sectas dogmáticas de Atenas, y sabido que ese mismo cambio de ideas religiosas en el pueblo, es lo que en nuestros dias ha producido los trastornos de Francia y renovará dentro de poco tiempo la faz de Europa. Voy á tratar de concentrar todas mis fuerzas para concluir este *Ensayo* con la explanacion de un asunto de tamaño interés, y para conseguirlo es preciso presentar la historia del politeísmo y de la religion de Jesucristo. No fije en estas páginas los ojos quien se halle muy apegado á sus preocupaciones: no trate de leer las quien no tenga un corazon sincero y sencillo. Vamos á poner las manos en el velo que cubre al Santo de los Santos, y nuestras investigaciones exigen como condicion precisa la concentracion religiosa, la sublimidad de la filosofia y la pureza de la virtud (a).

CAPITULO XXXI.

HISTORIA DEL POLITEÍSMO, DESDE SU ORIGEN HASTA LA ÉPOCA DE SU MAS ALTO ESPLENDOR.

Hay un Dios. Bendícenlo las yerbas del valle y los cedros del Libano; el insecto murmura sus alabanzas, y el elefante lo saluda al nacer el nuevo dia; las aves celebran su gloria cantando entre el follaje, el viento repite su nombre al agitar los bosques; el rayo y el trueno son humildes señales de su omnipotencia, y el Océano anuncia su inmensidad: solo la ignorancia del hombre ha podido decir en su corazon: No hay Dios.

Quien tal haya podido decir ¿no habrá, pues, en medio de sus infortunios elevado los ojos al cielo? No se habran nunca paseado sus miradas por aquellos estrechados espacios donde los mundos estan bacinados como las arenas en las playas de los mares? Por lo que á mi toca, he visto, y es muy suficiente; he visto el sol suspendido en las puertas del ocaso, envuelto en celajes de púrpura y oro, en tanto que la luna en el opuesto horizonte, se iba remontando como una lámpara en un oriente azul. Los dos astros confundian en el zenit sus tintas de albayalde y de carmin. El mar multiplicaba la escena del astro que aparecia en su oriente, con pabellones de diamantes, y la pompa del que llegaba á su ocaso brillaba en las olas teñidas de carmin. Las hondas tranquilas y suavemente encadenadas entre si, venian á espirar á mis piés sobre la playa, y los primeros silencios y los últimos rumores del dia luchaban en las colinas, en la orilla de las corrientes, en las selvas y en los valles (b).

Oh tú, á quien no conozco, cuyo nombre ignoro, cuya morada me es desconocida, invisible arquitecto de este universo, tú que me has dado un instinto para sentir tu existencia, y me has negado una razon para comprenderte, ¿será posible que no seas mas que un

(a) ¿No me parezco á un hombre que hallándose á punto de cometer una gran falta, procura justificarse haciéndola pasar por una accion meritoria? ¿Con qué derecho invocaria yo la religion, la filosofia y la virtud cuando con la mas temeraria mano iba á tratar de conmover las bases del orden social? Y sin embargo es cierto que en esas mismas páginas rechazo con horror el ateísmo y que en mis discursos, que si estan faltos de prudencia, no carecen de intencion, anuncio que la faz de la Europa se renovará dentro de poco tiempo. (N. ED.)

(b) En el *Genio del Cristianismo* he reproducido esas mismas imágenes y descripciones pero con mas pureza y correccion. (N. ED.)

ser imaginario, sueño dorado del infortunio? ¿Se disolverá mi alma así como el polvo de mi cuerpo? ¿Será la tumba un abismo sin salida, ó el pórtico de una nueva existencia? ¿No habrá colocado la naturaleza mas que por un efecto de cruel compasion, la esperanza de mejor vida en el corazon del hombre, al lado de las humanas miserias? Perdona mi debilidad, Padre de las misericordias; no, no dudo de tu existencia. Bien sea que me hayas destinado á una carrera inmortal, bien sea que todo esté reducido á pasar y á morir, adoro en silencio tus decretos, y tu insecto confiesa tu divinidad. (c)

Cuando el hombre salvaje, que andaba errante por los bosques, hubo satisfecho las primeras necesidades de la vida, sintió no sé que vaga necesidad en su corazon. El arroyo que se despeñaba, el susurro del viento, todos aquellos armoniosos sonidos que exhala la naturaleza y por los cuales podria uno imaginarse que oye brotar los gérmenes en el seno de la tierra, y crecer y desarrollarse las hojas de los árboles, le pareció que dependian de aquella necesidad misteriosa, de aquella causa oculta. La casualidad enlazó esos efectos locales con algunas circunstancias adversas ó favorables de sus cacerias: chocáronle tambien al mismo tiempo las situaciones relativas de un objeto ó de un color, y de aquí nacieron el *Manitú* del habitante del Canadá y el *Fetiché* del Negro, primitivo elemento de todas las religiones.

Una vez establecida esta base del culto, surgieron de tropel todas las supersticiones humanas. No tardaron los afectos del corazon en ser simbolizados bajo la forma de los mas amables de los dioses: el salvaje al elevar el monte de la tumba á su amigo, y la madre al entregar á la tierra el cadáver de su niño, vinieron anualmente al caer las hojas del otoño, el primero á humedecer con sus lágrimas, y la segunda á derramar leche de su seno sobre el sagrado césped. Ambos creyeron que lo que tanto habian amado no podia ser insensible á sus recuerdos: no pudieron concebir, que aquellos seres ausentes tan echados de menos, y tan vivos continuamente en su imaginacion, hubiesen dejado de existir de un modo absoluto, ni que alguna vez no vieran á reunirse con aquella otra mitad de su alma, á quien tan amargas lágrimas costaban. Sin duda la Amistad deshecha en llanto sobre una tumba, fue la que imaginó el dogma de la inmortalidad (d) del alma y la religion de los sepulcros.

En tanto el hombre, saliendo del fondo de los bosques, se asoció á sus semejantes. Algunos individuos laboriosos favorecidos por incidentes casuales, inventaron los primeros rudimentos de las artes, y la gratitud pública los elevó al rango de dioses. Sus nombres, al pasar por las diversas tribus, fueron perdiendo su primitivo sonido hasta quedar completamente alterados en la pronunciacion de idiomas extranjeros. Ases que el Thot de los fenicios, es el mismo que el Heri

(c) Al principio de este párrafo dudo de la existencia de Dios, á los pocos renglones se disipa la duda y por último me conformo en tener ó no tener un alma, para manifestarme sumiso á los decretos de la Divinidad. Mi respeto á Dios raya tan alto que consiento en hacerme materialista. ¡Qué excelente deista! ¡Qué lógico y concluyente es todo en esa filosofia de colegio!

Nada tengo que decir mas sobre este particular sino que hace ya tiempo que refuté estos errores y que para oponerme á esta última parte del *Ensayo* escribí el *Genio del Cristianismo*. (N. ED.)

(d) He aquí poco mas ó menos el mismo texto purificado de su filosofismo. «Tristes serian los últimos deberes que se tributan á los hombres si estuvieran despojados de los signos de la religion. La religion ha debido nacer entre tumbas, pues estas no pueden pasar sin ella: es hermoso que el grito de esperanza se eleve del fondo del sepulcro y que el sacerdote del Dios vivo esculte hasta el monumento lúmbre la ceñiza del hombre; pues al verlo podria decirse que es la inmortalidad que marcha al frente de la muerte.» (*Genio del Crist.*, part. IV. lib. II, cap. 1.º) (N. ED.)

mes de los egipcios, y el Mercurio de los griegos. (1) Los legisladores famosos por su sabiduría, y los guerreros coronados por la victoria, Júpiter, Minos y Marte, se remontaron al Olimpo. Las artes sociales desarrollaron nuevas pasiones, dando lugar á que cada cual deificara sus propias debilidades, sus virtudes ó vicios: el voluptuoso erigió altares á Venus; el filósofo, á Minerva; y el tético tirano sacrificó á las deidades infernales (2). Por otra parte, algunos ingenios favorecidos del cielo, algunas almas sensibles á los encantos de la naturaleza, como un Orfeo, un Homero, aumentaron el número de los habitantes de las celestiales moradas. Sus pinceles transformaron los incidentes de la naturaleza en espíritus celestes: en el límpido cristal de las fuentes, se imaginaron ver una Driada: las Floras, las del vuelo rápido, abrieron las puertas del dia; la Aurora teñió de carmin sus dedos y recogió sus lágrimas (perlas) en las hojas de las flores humedecidas por la frescura de la mañana. Apolo subió á su carro de fuego, el Zéfiro al verlo se refugió en los bosques; Tetis volvió á entrar en sus húmedos palacios (3), y Venus, tan amiga de la sombra y del misterio, se retiró en brazos del gallardo cazador, Adonis (4) y con las gracias al fondo de las florestas.

No faltaron hombres astutos que echando de ver esa tendencia de la naturaleza humana á la supersticion la explotaron en provecho suyo. Instituyéronse sectas sacerdotales, que se creyeron altamente interesadas en extender mas y mas el velo del error. Los filósofos aprovecharon esas ideas del pueblo para santificar las buenas leyes con el sello de la religion (5); y el politeísmo, consagrado por el tiempo, embellecido con el encanto de la poesía y la pompa de las solemnidades, favorecido por las pasiones del corazon y la astucia de los sacerdotes, llegó en tiempo de Aristides y Temístocles á su mas alto grado de influencia y solidez.

CAPITULO XXXII.

DECADENCIA DEL POLITEÍSMO ENTRE LOS GRIEGOS, OCA-SIONADA POR LAS SECTAS FILOSÓFICAS Y OTRAS VARIAS CAUSAS.

Pero en tanto que el politeísmo veia multiplicarse sus templos, se habia ido desarrollando un elemento de destruccion que germinaba en su propio seno. Los discípulos de Tales y Pitágoras iban siendo cada vez mas numerosos. Los estragos de la peste, y las calamidades de la guerra del Peloponeso, habian insensiblemente contribuido á la relajacion de los vínculos sociales. Por último, la filosofia, que durante mucho tiempo habia andado ocultándose entre las sombras, apareció sin misterios á la luz del dia. Platon, Aristóteles, Zenon, Epicuro y otros mil, enarbolaron el estandarte contra la supersticion religiosa de su país, y levantaron las aras del materialismo y ateísmo. Es de suponer que el lector no habrá echado en olvido los sistemas de estos filósofos. ¿Qué cosa podia haber mas opuesta que dichos sistemas á las opiniones que entonces dominaban acerca de la naturaleza de los dioses? ¿No conmovieron hasta en su base el edificio religioso de la Grecia? ¿Y á qué fin hicieron alarde de tanto frenesí contra el culto de su patria? ¿Valian mas por ventura los átomos, un mundo de ideas y el *encadenamiento de los seres*, que un Júpiter que daba castigo al crimen, y remuneracion á la virtud? ¿Qué limitada, qué nula es la filosofia, de semejantes sistemas!

Los poetas imitando á los sofistas se atrevieron á

(1) SANCONIATON, apud EUSEB.

(2) APOLLONIUS etc.

(3) HOW., *Iliad.*; HEROD., *Theog. Poés.* etc.

(4) BION., apud RET. MINOR. EPRÆ.

(5) PHUCYD., PLUT., HERODOT., etc.

presentar en el teatro principios metafísicos (6). Los sacerdotes y los magistrados hicieron algunos esfuerzos para detener el torrente: obligaron á los autores dramáticos á retractarse: muchos filósofos pagaron su temeridad con el destierro y algunos hasta con la última pena (7). Mas no hubo remedio: sus prosélitos llegaron á ser tan numerosos que pudieron burlarse de toda persecucion. Otro tanto ha sucedido exactamente entre nosotros, y en ambos casos se ha consumado una total revolucion: siempre que se altera la religion de un Estado debe necesariamente suceder lo mismo respecto de la institucion política (a). Vemos por el ejemplo de la Grecia hasta qué punto puede el espíritu sistemático ser perjudicial á los hombres: no podian los sectarios de aquellos filósofos valerse, así como los nuestros, del pretexto de las malas instituciones políticas de su país, puesto que aun estaban en su vigor las leyes de los Solones y Licurgos; mas no por eso levantaron mano de la empresa hasta dar al traste con el edificio social. Nunca faltan hombres que á toda costa se empeñan en causar mucho estrépito. Al autor de un sistema le importa muy poco el daño que pueda causar con tal que espere conseguir alguna celebridad. A trueque de no pasar por tontos no les importa el parecer malvados (b).

Los cambios políticos y morales atacaron tambien simultáneamente á los principios fundamentales del politeísmo. Habiendo quedado ya los pueblos sometidos á sus nuevos señores no tuvieron un interés nacional en ir á consultar á Delfos. ¿Qué podia importarles que el oráculo dijera que Alejandro, Antipater, Demetrio, ú otro tirano seria el que habia de gobernarles? Por su parte los tiranos confiando en sus propias fuerzas y conociendo la corrupcion de aquellos pueblos no se tomaban tampoco la molestia de enviar ricos presentes al oráculo, y por último echando de ver que ya no les era necesaria la supersticion, se desprendieron de ella y abrazaron el filosofismo. De manera que el antiguo culto de la patria fue debilitándose cada vez mas, y mas, y llegó á no tener mas sosten que la solemnidad, y aparato exterior de las festividades: á proporcion que el ardor religioso se iba entibiando quedaba mas sensiblemente puesta en evidencia su absurda doctrina. La ambigüedad de la respuesta de un oráculo no daba ya como en otro tiempo testimonio de la magestad del Dios que la habia dictado, sino de la supercheria del sacerdote: el pueblo se reía cuando las circunstancias desmentian la verdad de la prediccion del oráculo, y finalmente la explicacion de los fenómenos de la naturaleza por medio de las ciencias exactas

(6) EURIPID., ARISTOPH.

(7) JENOFONTE., *Historia de la Grec.*, PLUT., *Mor.*; PLAT., *in Phæd.*; LAERT.; etc.

(a) Eso es muy cierto, y por ahí puede verse como yo lo predije mucho antes de los escritores que de la alianza de la religion y la política han tratado de hacer un argumento para atacar nuestra forma actual de gobierno. Los tales escritores han invertido el axioma diciendo: Cuando la constitucion de un Estado cambia, sucede tambien necesariamente lo mismo respecto de la religion; de manera que por habérsenos dado una monarquia constitucional no habrá mas remedio que venir á ser protestantes: este es un axioma tan absurdo lógicamente hablando, como falso en el terreno de la historia. (N. ED.)

(b) Nada puede haber mas extraño que la intencion que me animaba al referir todo esto. Por una parte aceptaba en algun modo las opiniones de los filósofos contra los cuales voy declamando, y al paso que adoptaba interiormente sus doctrinas filosóficas, me indignaba exteriormente de la aplicacion que de ellas hicieron. ¿Qué será pues lo que yo queria? ¿Que hubieran los filósofos sido hipócritas é impíos á un mismo tiempo? Creo que no, y sin embargo esa seria la única consecuencia que podria inferirse de mi amor á sus doctrinas, y mi odio á sus personas. La realidad es que yo en aquel tiempo no era mas que un aprendiz de sofista, cuyas ideas y sentimientos opuestos entre si producian esas miserables incoherencias. (N. ED.)

acabó de destruir el prestigio y de expulsar del Olimpo á unos seres imaginarios que solo habian debido su existencia á los sueños de la ignorancia. En ese estado de decadencia se hallaba el politeísmo en Grecia cuando los romanos sometieron la tierra al yugo de sus armas. Las religiones deben su origen á nuestro temor y á nuestras debilidades, se aumentan por el fanatismo y mueren por la indiferencia (a).

CAPITULO XXXIII.

EL POLITEÍSMO EN ROMA HASTA EL CRISTIANISMO.

Al quedar convertida la Grecia en una mera provincia romana principió el período de decadencia. El espíritu filosófico emigró á la capital del mundo y no tardó en contagiarse á las personas más notables de ella (1) Los Catones, y los Brutos pusieron en práctica sus virtudes: los Lurrecios y Cicerones explicaron sus sistemas, y los Tiberios y Nerones se encenaron en sus vicios.

Otra causa peculiar á los romanos contribuyó también á la caída del politeísmo, y fue el haber admitido dioses extranjeros en el Panteón nacional: la confusión introducida en los objetos del culto debilitó la religión en los corazones. De allí á poco los romanos plagados ya de vicios, aun subsistiendo la república, cayeron en la apatía respecto del culto. Solo pueblos ó muy libres, ó muy esclavos son los esencialmente religiosos. Los primeros parece que por sus virtudes se acercan hácia la Divinidad, los segundos se guarecen al pié de las aras por el instinto de sus infortunios. El hombre de bien y el desgraciado rara vez son incrédulos, pero el vicioso lo es siempre (b).

Este era el estado del politeísmo cuando apareció en el Oriente un hombre (c) extraordinario, y como el principio del cristianismo debe considerarse como término final del culto de los dioses, en lo sucesivo encontrará el lector la historia de este mezclada con la de aquel.

CAPITULO XXXIV.

HISTORIA DEL CRISTIANISMO DESDE EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO HASTA EL MOMENTO DE SU RESURRECCIÓN (2).

Habia un pueblo mirado con horror por las demás naciones, un pueblo esclavo y cruel que no podía gloriarse de haber dado la existencia á ningún hombre célebre, no siendo á cierto legislador, á un rey y á algunos poetas de ingenio sublime. El Dios de Sinaí era el Dios de ese pueblo. No era ese Dios, como el Júpiter de los Griegos una encarnación de las pasiones humanas, sino una Divinidad terrible y sublime, que entre todas las ciudades de la tierra habia elegido á la ciudad de Jacob para ser adorado.

Entre ese pueblo judío el Eterno habia dicho que una virgen de la casa de David quebrantaría la cabeza de la serpiente y daría á luz un hombre Dios. A pesar de esa predicción el tiempo iba andando, Jerusalem gemía bajo el yugo de Augusto y el gran monarca tan deseado, no acababa de parecer.

(a) Todo esto es exacto refiriéndose al politeísmo. (N. ED.)

(1) Era ya conocida antes de esta época la filosofía en Roma, como lo atestigua Ciceron en el principio del libro IV de las *Tusculanas*, hablando de su Amafianus hubiese enseñado el sistema de Epicuro pues sobre este particular guarda el autor un profundo silencio. (N. ED.)

(b) Vuelven á campear mis buenos instintos en medio de todas esas locuras. (N. ED.)

(c) Poco ha durado la inspiración de mi buen instinto. (N. ED.)

(2) No marco las fechas porque estan anotadas en el capítulo de los filósofos modernos.

De repente se divulga el rumor que el Salvador ha venido al mundo en la Judea. No ha sido envuelto al nacer entre paños de púrpura, antes por el contrario ha visto la luz en un miserable asilo de la indigencia; nadie ha anunciado á los grandes y poderosos de la tierra su venida al mundo, pero los ángeles la han revelado á los humildes y sencillos de corazón; no han ido los potentados de la tierra á dar testimonio de su nacimiento al pié de su cuna; pero se ha convertido ya en centro de una multitud de desgraciados: de manera que por aquel primer acto de su vida el recién nacido se ha declarado con preferencia Dios de los miserables.

Si la moral más pura y el corazón más tierno, si una vida pasada en combatir errores y aliviar miserias, dándole por último en testimonio de la verdad son los verdaderos atributos de la Divinidad, ¿quién será el temerario que niegue la de Jesucristo? Ejemplar modelo de todas las virtudes, la amistad lo ve alguna vez dormido en el seno de Juan ó le oye encomendar á su madre á ese discípulo querido; la tolerancia lo admira enternecida en el juicio de la mujer adúltera; la piedad lo encuentra bendiciendo constantemente el llanto del desgraciado; su inocencia y candor se revelan espléndidamente en su amor á los niños; la fuerza de su alma brilla en medio de los tormentos de la cruz, y su postrer suspiro, entre las angustias de la muerte es un suspiro de misericordia.

CAPITULO XXXV.

INCREMENTO DEL CRISTIANISMO HASTA CONSTANTINO.

Habiendo el Cristo mediante su gloriosa ascension desaparecido de la vista de los hombres fueron sus discípulos dotados de su espíritu y se diseminaron por las inmediatas regiones desde las cuales no tardaron en pasar á Grecia y á Roma. Hemos visto ya las diversas razones que de comun concierto conspiraban á debilitar en aquella época el culto de Júpiter, ¿cuál sería la admiración de aquellos pueblos cuando los apóstoles que venían del Oriente empezaron á cautivar su razón refiriendo los prodigios que habian visto, y consolando su corazón con el más amable de todos los sistemas morales! Hallábanse oprimidos de la tiranía y la nueva religión no predicaba más que igualdad; sufrían dura esclavitud y el nuevo Dios de paz amaba con preferencia á los que lloraban; gemían abrumados por el pesado yugo de la tiranía, y el apóstol cantaba *deposuit potentes de sede et exaltavit humiles*. En fin Jesús habia sido pobre como ellos y prometía un asilo á los miserables en el reino de su padre. ¿Qué divinidad del paganismo podia contrabalancear en el corazón del débil y del desgraciado al nuevo Dios que los apóstoles ofrecían á su veneración? ¿Qué podia prometerse el oscuro individuo del pueblo de unos campos Eliseos donde solamente figuraban héroes y reyes?

Tales fueron los grandes medios que contribuyeron á la propagación del cristianismo; y no debe perderse de vista que por de pronto no se introdujo más que en las clases menesterosas de la sociedad. No tardaron los discípulos en rennir numerosos prosélitos, que acabaron de aumentarse mediante la persecución. Los primitivos cristianos, burlando la celosa vigilancia de sus verdugos, se sustraían del patíbulo, afirmando cada vez más en sus creencias. Poderosos son los encantos de una religión cuando prosternándose al pié de los altares en medio del pavoroso silencio de las catacumbas, oculta de las humanas miradas su Dios perseguido, en tanto que un venerable anciano que ha podido salvarse de mil peligros y ha sido tal vez alimentado por la piedad allá en el fondo de alguna cavidad subterránea celebra al resplandor de las antorchas ante un reducido número de fieles, mis-

terios rodeados por todas partes de peligros y de muerte.

La sangre de los mártires, los milagros hechos en presencia del pueblo, los vicios de los Nerones (1) y Caligulas contribuyeron eficazmente á propagar la nueva doctrina. Cansados los emperadores de haber hecho inútiles esfuerzos por destruirla, trataron de utilizarse de ella. Constantino enarbó el estandarte de la cruz, y los dioses del paganismo cayeron derrocados del Capitolio (2).

CAPITULO XXXVI.

CONTINUACION DESDE CONSTANTINO HASTA LOS BÁRBAROS.

Tan luego que la religión cristiana se vió sólida y arraigada se dividió en una multitud de sectas (3). Vióse entonces por primera vez un espectáculo que nunca habian los siglos anteriores presentado, hombres que se arrojaban á todos los desvaríos de la religión, y se perseguían cruelmente entre sí por palabras cuya significación ignoraban. En medio de esas alternativas los sacerdotes empezaron á adquirir una influencia á que nunca los del paganismo habian podido llegar y fueron estableciendo las bases de la grandeza de los papas.

Juliano quiso hacer un postrer esfuerzo en favor de los dioses del paganismo. Apostató de la religión de Cristo, y como guerrero, como político y como filósofo creyó tener razones para oponerse á sus progresos. Sabia muy bien aquel emperador que donde quiera que una religión se establece, el Estado está inmediatamente dispuesto á una revolución inevitable; pero Juliano se engañó en cuanto á la oportunidad del remedio, ya no era tiempo de aplicarlo.

No se contentó con oponer al cristianismo el rigor de las leyes; intentó también atacarlo con la agudeza de sus escritos (a). Ese mismo sistema siguieron también una multitud de filósofos, parodiando al mismo tiempo los milagros de Jesús con las supercherías de varios impostores. Por otra parte los poetas viendo que Belcebú y Astarot eran palabras que no se acomodaban á las cadencias métricas de Virgilio, sus-

(1) Suetonio nos da una idea de la manera con que el impío Neron trataba á los dioses: *Religionum usquequaque contemptor, preter unius deum Sirene. Hanc mox ita sprevit, ut urina contaminaret.*

(2) Estos dos últimos capítulos han sido transportados casi integralmente al *Genio del Cristianismo*, y no son ciertamente indignos de ese honor y ellos deben servir de excusa y expiación de lo que voy á decir en los siguientes capítulos. Cuando así como en este pasaje soy cristiano, sin quererlo ser, se encuentra un fondo de verdad en mis escritos muy distinto de todas mis habladurías filosóficas. Para todo hombre de buena fe puede ser solventada la cuestión por estos dos solos capítulos. Yo era cristiano, y muy cristiano cuando me empeñaba en no serlo. (N. ED.)

(3) Los Arrianos.

(a) «En tiempo de Juliano la Iglesia quedó expuesta á una persecución de las más peligrosas. No se emplearon violencias contra los cristianos, pero los prodigaban el desprecio á manos llenas. Principiaron despojando los altares y en seguida prohibieron á los fieles dedicarse al estudio ó á la enseñanza. Mas como al emperador no podían ocultarse los beneficios que la religión de Cristo causaba á la sociedad, trató de imitar algunas de sus más saludables instituciones: fundó hospitales y monasterios, é intentó combinar la moral con la religión haciendo que en los templos paganos se pronunciaran sermones. Los sofistas que rodeaban á Juliano se desencadenaron contra el cristianismo: el apóstata no se desdénó de medirse con los galileos. La obra que contra ellos escribió no ha llegado hasta nosotros; pero S. Cirilo, patriarca de Alejandria cita algunos pasajes refutándolos. Cuando Juliano adopta un tono serio S. Cirilo triunfa del filósofo; pero cuando el emperador recurre á las armas de la ironía, el patriarca pierde la superioridad.» *Genio del Cristian.*, part. 1.^a, lib. 4.^o, cap. 1.^o

piraban por Pluton y por el antiguo Tártaro.

Tampoco faltaron campeones entre los cristianos que consiguieron acabar de cubrir de ridiculo los dioses del Panteón, que ya habian sido arrastrados en el cieno por Luciano. Julia o pereció en su expedición contra los Persas, y la cruz salió triunfante.

Mas el momento crítico habia llegado ya. Al dividir Constantino el imperio, y reformar las legiones, le dió un golpe mortal. Las desgracias de la familia de aquel príncipe conmovieron las bases del imperio romano; las opiniones religiosas acabaron de aumentar el desorden, y en las fronteras aparecieron las miriadas de Bárbaros que venían á derribar el antiguo coloso. Teodosio sostuvo el choque por algunos momentos; empezaba á restablecerse el orden cuando resonó el formidable grito de muerte que allá en el fondo de los desiertos daba el genio guerrero de los hunos, que desde los confines de la China venían avanzando silenciosamente por los bosques por espacio de tres siglos. Al grito del fantasma los godos se precipitaron aterrados sobre el imperio romano. Valente cayó derrocado del trono de Oriente, y de allí á poco un rey de Italia se enseñoreó del patrimonio de los Casios y Brutos (4).

CAPITULO XXXVII.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO. — CONVERSION DE LOS BÁRBAROS.

Hemos visto que una de las primeras causas que contribuyeron al triunfo del cristianismo fue el haber descendido á consolar las humanas miserias; esa misma causa influyó con toda la plenitud de su fuerza en el momento de la invasión de los bárbaros. Un trastorno general de derecho y de garantías, se verificó entonces simultáneamente en todo el mundo conocido. No tenia la vida humana más precio á los ojos de los bárbaros que la efímera existencia de un insecto: cuando los vándalos no podían hacerse dueños de una plaza fuerte degollaban los prisioneros, acinaban los cadáveres al pié de los muros, y confiaban su victoria á los estragos de la peste (5).

Habiendo, pues, quedado disuelta toda autoridad civil, solo el clero pudo extender su brazo para proteger al pueblo. Entonces fue cuando los restos del antiguo culto vinieron á colocarse bajo las banderas del cristianismo. Si en algun tiempo la religión ha aparecido en toda su sublime grandeza, fue cuando sin más fuerzas que la virtud opuso su augusta frente á los furiosos de los bárbaros, subyugándolos con una mirada, y obligándolos á deponer su nativa ferocidad al pié de las aras del cristianismo (b).

Así se concibe fácilmente como unos salvajes procedentes de sus eternos bosques, no contaminados por ninguna preocupación religiosa anterior, se sometieron dócilmente al primer sistema teológico que se les presentó. La imaginación es una facultad activa, eco y espejo á la vez de la naturaleza que la rodea; la imaginación del hombre de las selvas, constantemente afectada con el espectáculo de desiertos, cavernas, torrentes y montañas, se llena de fantasmas, de vagos rumores y de misteriosas sublimidades. Si en tal disposición de ánimo se le presentan objetos individuales, se apoderará de ellos ávidamente, en

(4) Véase FLEURY. *Hist. Eccl.*; Hist. Aagut. GIBB. *Rise and fall of the roman empire*, DE GUINES. *Hist. de los Hun.* y de los Par., MONTESQUIEU *causas de la grand. y decadenc. de los rom.*

(5) ROBERTSON, *Hist. of Charles V.* tom. 1.

(b) Hablando con toda franqueza y no podrá decirse que ese párrafo se enteramente un pasaje del *Genio del Cristianismo* y que soy más bien el apologista que el detractor de la religión? (N. ED.)

particular si son incomprensibles, pues la muerte de la imaginación es el conocimiento de la verdad.

Otras razones contribuyeron también á la conversión de los bárbaros. A medida que iban avanzando hacia el Mediodía, alejándose de las tempestuosas y sombrías regiones del Norte iban perdiendo enteramente la idea del culto paterno, inherente al clima en que habían nacido. No era ya fácil que en un cielo sereno pudiesen ver celajes que les representaran las almas de los héroes que habían perecido; no vagaban ya al pálido resplandor de la luna por áridos campos, ni solitarios valles, creyendo oír en pos de sí las ligeros pisadas de los espectros, ni podían creer que las elevadas cimas de los pinos, se encorvaban al impetuoso vuelo de los espíritus irritados: no reposaba ya el meteoro en el ramaje del ciervo al borde del azulado torrente; no podían ver ya los altos torreones envueltos por la niebla de la tarde; ni el aliento de la noche silbaba en las abandonadas salas de armas del guerrero, ni el viento del desierto suspiraba entre las agostadas yerbas, y alrededor de las cuatro piedras angulares de la tumba (1). La primitiva religión de aquellos pueblos se había por último disipado con las tempestades, las nubes y las nieblas del Norte (2).

Por otra parte el nuevo culto que se les presentaba no era tan extraño como vulgarmente se cree al dogma de sus padres. Si Jehová creó á Adán y Eva, Odín formó también del barro de la tierra al valiente Askus y á la hermosa Emla: Hénérus les dió la razón, y Lætur, derramando en sus venas torrentes de una sangre pura, hizo que se abrieran sus ojos á la vida (3).

Por último, habiéndose civilizado los caudillos de aquellos pueblos bárbaros abrazaron el cristianismo para lograr imperios, y los hombres después de haber cambiado de costumbres, idioma y religión, y habiendo perdido hasta la memoria del tiempo pasado pudieron imaginarse que acababan de ser creados sobre la tierra (4).

CAPITULO XXXVIII.

DESDE LA CONVERSION DE LOS BÁRBAROS HASTA EL RENACIMIENTO DE LAS LETRAS.—LLEGA EL CRISTIANISMO SU MAS ALTO GRADO DE GRANDEZA.

Afianzando cada vez mas y mas el clero su poder en medio de esas tempestades, consiguió organizarse de un modo casi indestructible. Reuniones de solitarios que vivían en el retiro de los claustros, compo-

(1) Los dos Edda; MALLET, *Introduc.* á la Hist. de Din.; OSSIAN.

(2) Si cito á Ossian con otros autores es porque soy como el doctor Blan en Inglaterra, Mr. Goethe en Alemania, y muchos otros, uno de esos espíritus crédulos á quienes los chistes de Johnson no han podido persuadir que no hay algo de cierto en las obras del bardo escocés. Que Johnson, cuando se le preguntaba si conocía muchos hombres capaces de escribir semejantes poesías, contestara que conocía muchos hombres, muhas mujeres y muchos niños, nada significa, ni prueba nada. Lo que me parece extraño es que en esa célebre disputa no se haya tenido presente la colección del ministro Smith que acota continuamente las páginas con el texto celta, y propone una edición original de los poemas de Ossian por medio de una suscripción. En esa colección de Smith figuró un canto sobre la muerte de Gaul, en el que hay pasajes verdaderamente interesantes, en especial el de Gaul expirando de hambre en un desierto y alimentándose con la leche de su esposa.

(3) BARTHOLIN, *Antiqued. Danes.*

(4) DANIEL, *Hist. de Franc.*; GREGOR DE TOURS, lib. 1., *Hume's Hystor. of Engl.*; HENRI'S, *Ibid.* etc.

* No estoy aun convencido de la autenticidad de las poesías de Ossian; en vez de creer que el celta de Ossian ha sido traducido al inglés por Macpherson creo que este ha sido traducido al celta por algun buen escocés, amante de las glorias de su país. (N. ED.)

nian las columnas del edificio; el clero regular, clasificado también en corporaciones distintas y separadas, ejecutaba los decretos del pontífice romano que bajo el modesto nombre de Papa se había ido gradualmente poniendo á la cabeza del gobierno eclesiástico. La ignorancia acabando de envolverse en nuevos velos contribuía á dar una apariencia mas formidable á la situación, y la Iglesia rodeada de tinieblas, que daban mayor volumen á sus formas, se encaminaba como un gigante al despotismo.

Después del reinado de Carlo Magno, y de la división de su imperio, fue cuando el cristianismo llegó al apogeo de su esplendor. Las guerras civiles de Italia, conocidas con el nombre de gólfos y gibelinos, presentan un carácter nuevo á quien no haya hecho estudio del corazón del hombre. Los papas, atacados por los emperadores, tenían por enemigos la mitad de los pueblos de Italia, y eran considerados por parte de estos como unos tiranos y perversos: eso no obstante bastaba un decreto de la Corte de Roma para destronar á un soberano, y le obligaba á presentarse en señal de penitencia con los piés y la cabeza desnudos tal vez en invierno, bajo las ventanas del pontífice que por último se dignaba concederle la absolución humildemente pedida de rodillas (5). Roma religiosa tomaba parte en aquel tiempo en todos los asuntos civiles, y disponía de las coronas, como de unos juguetes que le pertenecían.

De allí á poco ocurrió el período de las Cruzadas que forma época en la historia del cristianismo, porque dulcificando las costumbres por medio del espíritu de la caballería prepararon el camino al renacimiento de las letras. Entonces fue cuando los señores de Crequi embrazando su escudo abandonaban su casa solar para ir á buscar aventuras, y tal vez alguna corona. Cuando aquellos buenos caballeros llegaban á verse desarmados, y en peligro inminente, se arrojaban los unos al pié de los otros como dice el señor de Joinville y se pedían sencillamente la absolución de sus culpas. Pero en tanto que su diestra podía enristrar la lanza por grande que fuera el peligro, no hacían mas que sonreírse diciéndose los unos á los otros: «Ea, caballeros, mucho hablaremos de esto con nuestras muchachas.»

CAPITULO XXXIX.

DECADENCIA DEL CRISTIANISMO POR TRES CAUSAS, Á SABER: VICIOS DE LA CÓRTE DE ROMA, RENACIMIENTO DE LAS LETRAS Y LA REFORMA.

De la época de las cruzadas empieza á datar la decadencia de la religión cristiana. Los papas, expulsados de Italia, se refugiaron por algun tiempo en Aviñon y la autoridad de la Iglesia se vió debilitada por la creación de anti-papas que dió lugar á nuevos cismas. Por otra parte, los pontífices subyugados por el lujo y deslumbrados por los atractivos del poder se fueron encenagando en toda clase de vicios. El ateísmo público de algunos, y el escándalo y desvergüenza de su vida privada, no eran en verdad elementos muy poderosos para sostener el culto entre los pueblos. El clero, tan depravado como su jefe, se entregó á todos los excesos, y los conventos servían de asilo á la crápula y á la disolución (6).

En medio de tales circunstancias ocurrió un gran suceso que vino á dar una herida de muerte al cristianismo. Habiéndose apoderado los turcos del imperio de Oriente, vinieron los sabios de la Grecia á refugiarse en Italia al lado de los Médicis. Por un singu-

(5) DENIN, *Ist. del Ital.*; MACCHIAR., *Ist. Pior.*; ABR., *Cron. de Alem.*; HEN., *Cron.*; GIAN., *Ist. di Nap.*

(6) DANTE, *Inferno*; PETRAR., *Lett.*; MAQUIAB., *Ist. Fiorent.*

lar concurso de circunstancias acababa de hacerse en el Occidente el descubrimiento de la imprenta como para estar á punto de recibir dignamente á los ilustres emigrados. En otra parte he hablado ya del renacimiento de las letras y sus efectos. No tardó en venir en pos de ella la reforma; de manera que el cristianismo tuvo que recibir uno en pos de otro ataques de que hasta el presente nunca se ha podido reponer (a).

CAPITULO XL.

LA REFORMA.

Una de las interesantes épocas de la Europa moderna es la de la reforma. Desde que los hombres empiezan á dudar en materias de religión, dudan también en materias de política. El que se atreve á investigar los fundamentos de su culto, no tarda en hacer lo mismo respecto de los principios del gobierno. Una vez que el espíritu pide ser libre, el cuerpo ambicioso también serlo: esto es una consecuencia natural (b).

Erasmo preparó el camino á Lutero; Lutero franqueó el paso á Calvino, y este á otros muchos. Se dará razón de la influencia política de la reforma en las revoluciones de que tengo que hablar aun. Considerándola únicamente en este lugar bajo el punto de vista religioso puede observarse que las diversas sectas que engendró produjeron en el cristianismo iguales resultados que las doctrinas filosóficas de Grecia en el ateísmo; pues ambas debilitaron todo el sistema sacerdotal. El árbol, del que brotan demasiadas ramas no suministra todo el vigor necesario á su único tallo, y está mas propenso á la decadencia. No concluiré este artículo de la reforma sin hacer una reflexión. ¿Para qué sirvieron todas aquellas escenas de matanza de la Liga? (1), en cuyo tiempo se vió,

(a) Algo de cierto hay, históricamente hablando en lo que acabo de decir del cristianismo desde la conversión de los bárbaros hasta la reforma; pero en el relato histórico se echa de ver á un enemigo y el espíritu de la sátira transpira por todas partes. Por lo que digo de que el cristianismo nunca ha podido reponerse de los ataques que sufrió, debo manifestar que emitiendo ese juicio incurri en un error capital. La religión cristiana no pereció en la revolución, ni perecerá nunca porque sus raíces estrictas en la naturaleza divina y en la naturaleza humana. La fe podrá tal vez cambiar de país, pero subsistirá eternamente con arreglo á la promesa divina. (N. ED.)

(b) Presento en estas cuatro líneas dos ó tres verdades sobre las cuales se han escrito posteriormente obras llenas de declamaciones contra las libertades públicas. Ningun inconveniente hay en investigar los principios del gobierno á que estamos sometidos para adberirse á ellos si son buenos y reformarlos si son malos; no hay en mi concepto ninguna razón para que se ponga una venda en los ojos de los hombres á fin de hacerles marchar por el camino derecho. No ignoro ciertamente que el que se toma el empeño de conducirlos tiene grande interés en dejarles puesta esa venda porque de ese modo los dirige por donde le da la gana. Pero ni el cristianismo por su parte, ni la libertad por la suya no temen la claridad, pues con cuanta mayor detención sean examinados tanto mas amables y mas dignos de amor aparecerán. Tampoco encuentro razonable que se pretenda amalgamar la religión con la política; pues de eso se inferiría que cuando un pueblo es esclavo tiene que serlo eternamente por temor de tocar las cosas santas. El asociar la fe á las injurias del despotismo sería causar á la primera un inmenso perjuicio. (N. ED.)

(1) *Espiritu de la Liga.*

Encuéntranse en las *Cartas de Pasquier* dos pasajes interesantes acerca de las desgracias que las revoluciones produjeron en Francia, y sobre todo en la capital de la monarquía. Voy á presentarlos.

El primero se refiere á las guerras civiles del tiempo de Carlos VI. Pasquier después de haber hablado de la población y riqueza de París en tiempo de Carlos V, sigue diciendo:

«En tanto que nuestra ciudad se empeñó en sostener tan

como en nuestros días, que no faltaron franceses capaces de arrastrar por el suelo las entrañas de sus

furiosamente el partido de Borgoña fue insensiblemente quedándose del todo desierta, y principiaron sus grandes hosterías llamadas de Flandes, Artois, Borbon, Borgoña, Nesle y otras muchas á no servir mas que para nidos de cornejas, siendo así que poco antes no servían sino para habitación de príncipes, duques, marqueses y condes. En un manuscrito de aquella época escrito en forma de diario he leído de cierto lobo que había tomado la costumbre de atravesar todos los meses la ciudad de un extremo al otro, estando ya el pueblo tan familiarizado con su vista que le llamaban el *correcalles*, y se reían grandemente al verlo. Habría sin duda tomado el animal esta costumbre ó bien por las matanzas que diariamente se cometían en el recinto de la ciudad y por los cadáveres que frecuentemente hallaba abandonados. Ó bien porque la población había quedado casi enteramente desierta. De todos modos es indudable que durante las turbulencias de los Borgoñones y Orleanses y la guerra de Francia é Inglaterra llegó la ciudad de París á un increíble extremo de miseria, pues en la titulada historia de Luis VI se lee que para volver á poblarla se recurrió al expediente adoptado por Rómulo en otro tiempo de conceder ámplio indulto y perdón de toda pena á los criminales que quisieran acercarse en ella. Mas no puede citarse mayor prueba del abandono y miseria en que cayó, que la ordenanza que se encuentra en los antiguos registros del Chatelet mandando denunciar á son de pregon los solares abandonados, y dando su propiedad al primero que los reclamaba si en el término de siete semanas no se presentaba su verdadero dueño. De manera que cuando en nuestros antiguos títulos y escrituras leemos que algunas casas y terrenos tanto de la ciudad, como de sus alrededores fueron dados sin mediar ningún precio, no puede tomarse por argumento de la felicidad de aquellos tiempos, sino antes por el contrario se debe considerar como una prueba incontestable de la calamidad á que por la larga serie de trastornos se había llegado. (Tom. I. lib. X, pág. 665.)

Si en una historia de la revolución actual se presentara el siguiente pasaje del mismo autor apenas creería nadie que se refería á los tiempos de la Liga. «Hace ya tiempo que me devora una tristeza que es preciso que la deposite en vuestro seno. Temo, veo y estoy persuadido de que nuestra república va llegando á su fin. No podemos negar que tenemos un gran monarca, sin embargo si Dios no lo mira con ojos de piedad está muy cerca de perder su corona, ó de presentar el completo trastorno de su reino.—El verdadero subsidio que el monarca debe atesorar es el amor de sus vasallos. La mayor parte de los que han rodeado al soberano, no lo han hecho sin duda mas que por la codicia de enriquecerse, y han creído que el mejor medio de conseguirlo era presentarle nuevos proyectos de contribuciones que arruinan al pobre pueblo, ó mejor dicho que arruinan al mismo trono. Dignos son ciertamente esos malhadados consejeros de un castigo aun mas horrible que el de ser despedazados por cuatro caballos como se suele hacer con el que atenta contra la Magestad de su rey. Tanto mas cuanto que conservando aquellos pérdidas su grandeza por medio de tan reprobadas invenciones le han puesto en el conflicto en que ahora le vemos.....

»Dios concedió á nuestro soberano muchos de sus altos dones que le son particulares; mas como al fin es hombre no puede ser tan completo que entre sus buenas prendas no tenga algunas imperfecciones. Ni uno solo hay de cuantas han participado de su favor que no haya (no diré resistido, porque esa palabra disonaría tratándose de un monarca) hecho estudio de halagar sus opiniones por mas que manifiestamente se desviaran del camino de la razón. El monarca era naturalmente inclinado á la liberalidad, propension heredada de su madre, la reina, y que es una virtud verdaderamente régia, cuando no se satisface á costa de la opresión del pobre pueblo. ¿Quién es el que por sus extraordinarias importunidades no haya incurrido en el abuso? Por desgracia ninguno de los altos funcionarios que están á su alrededor le ha contradicho, y he aquí como un grande y excelente príncipe dejándose en primer lugar arrebatar de su inclinación, luego vencido por la importunidad de los que le rodean, y últimamente no auxiliado por la prudencia de sus consejeros, no ha podido impedir que la cosa pública haya ido cayendo en el desórden y confusión en que la vemos.

»Tal es la causa que impele á nuestra nación hacia la ruina; primeramente por no sé qué fatal artificio de los que se hallan contentos (que son causa de que los hombres de bien no lo estén): los cuales viendo que á la larga no podrían dar cumplimiento á todas las liberalidades extraordi-